

—Cuando juntáseis todas las riquezas de la tierra, responderíais, yo no las aceptaría á trueque de pasar por tan gran tormento.—A lo menos para pasar en él tres minutos, ¿qué recompensa quieres?—Dadme todo lo que queráis, diríais, que por todo un mundo no quisiera pasar en él ni un solo instante. ¡Ay, pecadores! ¿dónde teneis la razon, dónde el juicio, dónde el seso? Por todo lo del mundo no quisiérais sufrir el dolor de un fuego temporal por tres minutos, ¿y por un placer de nada, por un miserable interés quereis sufrir los ardores de un fuego devorador por toda una eternidad?

Hombres sin juicio, hombres necios é insensatos, entrad de una vez en reflexion: *Intelligite, insipientes: et stulti aliquando sapite*<sup>1</sup>. Vosotros iréis indudablemente al infierno que imperfectamente os he pintado, si continuais en vivir como hasta aquí habeis vivido: el mismo fuego que atormenta á los condenados os espera á vosotros, si no dais á Dios una satisfaccion pronta y cumplida: la muerte está ya llamando á la puerta, y el demonio no espera sino que ella corte el frágil hilo de vuestra vida para llevaros á los tormentos eternos. Campe quien pueda, carísimos, evité quien pueda los tormentos que nunca acabarán. Este es el aviso que os doy; y quiera Dios que os aprovecheis de él, y sepais practicarlo. Amen.

### Viaje al cielo.

Quando veniam, et apparebo ante faciem Dei? (*Psalm. xli, 2*).

¿Cuándo acabará mi peregrinacion en este valle de lágrimas, cuándo vendré, Dios mio, á disfrutar de vuestra dulce vista en el cielo? Esta es, oyentes míos, la pregunta que in-

<sup>1</sup> Psalm. xciii, 8.

cesantemente dirige á Dios una alma verdaderamente cristiana. ¡Ah! Señor, le dice, yo siento en mí una fuerte inclinacion que me impele á buscar paz, contento y felicidad; pero como estas cosas no se hallan plenamente en la tierra, mi corazon suspira por el cielo donde se disfrutaban en toda su plenitud. Yo no hallo en las criaturas sino miseria, sinsabor y fastidio: nada de este mundo me llena y satisface: todo me es amargo é insípido; y si algo de bien llevo alguna vez á saborear, la satisfaccion que percibo es tan superficial y mezquina, que léjos de saciar mis deseos, los enciende y los irrita. ¿Habré de renunciar por siempre á la esperanza de ser feliz? ¿Habré de correr siempre inútilmente tras una felicidad que jamás logro conseguir? ¡Ah! Señor, ¿cuándo acabará este destierro? ¿Cuándo cesará este estado de agitacion y congoja? ¿Cuándo subiré á esos tabernáculos eternos, y gozaré de vuestra dulce y amable presencia? *Quando veniam, et apparebo ante faciem Dei?*

Consuélate, alma piadosa, que el dia de tu felicidad ya se va acercando. Cuenta los años que puedes vivir sobre la tierra: ¿no es verdad que son muy pocos? Pues si entre tanto amas á Dios, si le sirves con fervor y fidelidad, pasados estos pocos años, tus deseos quedarán plenamente cumplidos, tú subirás al cielo, y allí encontrarás esa felicidad que buscas con tanto ardor. ¡Oh qué dia tan feliz será aquel para tí! ¡oh qué viaje tan alegre harás cuando pases de la tierra al cielo! ¡oh cuántas cosas verás allá que te inundarán de alegría y consuelo! Vamos, carísimos, mientras va acercándose la hora de hacer este viaje en realidad, hagámosle idealmente, y consolémonos con la dulce esperanza de que en breve lo harémos de veras.

Para tomar la cosa desde su principio, suponed, carísimos, que habiendo ya llegado al término de nuestra vida, se nos da

la fausta noticia de que cuanto antes hemos de hacer nuestro viaje al cielo. ¡Qué alegría! Viene el sacerdote encargado de asistirnos en la muerte, y despues de habernos administrado todos los Sacramentos, nos habla de parte de la Iglesia, y nos dice: *Proficiscere, anima christiana, ex hoc mundo*, alma cristiana, bastante has estado ya en este mundo, bastante tiempo há que sirves á Dios en la tierra: prevente, que la hora de ir al cielo ha sonado para tí. Hoy tu lugar será el paraíso, hoy tendrás tu habitacion en la Sion celestial: *Hodie sit in pace locus tuus, et habitatio tua in sancta Sion*<sup>1</sup>. Apresúrate á salir de ese cuerpo, que un espléndido grupo de Ángeles te espera para conducirte al paraíso: *Egredienti animæ tuæ de corpore splendidus Angelorum cætus occurret*.

¡Ah, cristianos! cual palomita que, habiendo logrado des- enredarse del lazo en que la habia cogido el diestro cazador, vuela alegre por el aire, y celebra con trinos y gorjeos su nueva libertad, así nuestra alma se desprenderá de este cuerpo corruptible y mortal, y dando un tierno adios á este valle de lágrimas, levantará el vuelo en compañía de los Ángeles hácia la region de la felicidad. ¡Qué de cosas verémos por el camino que nos arrebatarán! Pasarémos por las regiones del aire, y de paso verémos cómo se forman esos metéoros que continuamente tenemos á la vista, sin que los sepamos explicar; las lluvias que fecundizan los campos, el rocío que da vida á las flores, la nieve que blanquea las montañas, el trueno que retumba en los valles, el rayo que troncha los árboles y edificios, y el hermoso arco iris que se pinta en las nubes. ¡Qué satisfaccion para nosotros ver los lugares en que se forman tales fenómenos, las causas que los producen, y las materias de que se componen!

<sup>1</sup> Eccle. in Comm. animæ. — <sup>2</sup> Ibid.

De aquí pasarémos á la luna, y al verla de un tamaño poco menor que el de nuestra tierra, ¡Jesús! exclamarémos, ¿esta es aquella luna que, mirada desde la tierra, no presenta mas que un palmo de diámetro? ¡Qué grande, qué bella, qué hermosa es! Ahora entiendo en qué consisten aquellas manchas que tanto han hecho discurrir á los filósofos, diciendo unos que son valles profundos, y sosteniendo otros que son sombras causadas por la interposicion de elevadísimas montañas: ahora comprendo en qué consiste aquella prodigiosa fuerza con que diariamente conmueve las aguas del Océano, haciéndolas avanzar seis horas á manera de un ejército victorioso, y haciéndolas luego retroceder cual ejército que va en retirada: ahora descubro qué es lo que causa aquellos crecientes y menguantes en que tanto me paraba yo para sembrar las flores en mi jardin. ¡Oh Dios, qué admirable sois! ¡oh Dios, cuánta es vuestra sabiduría!

Entre tanto habrémos ya llegado al sol. Al ver de cerca aquel gran faro colocado en medio del espacio; al ver aquel grandioso planeta en el que, como dice el Profeta, Dios ha colocado su tabernáculo: *In sole posuit tabernaculum suum*; al ver aquel océano de hermosura, de luz y claridad, creyendo que no puede haber cosa mas hermosa, preguntarémos á los Ángeles nuestros conductores si allí está el paraíso.—¿El paraíso? Algo tenemos que subir antes no llegarémos á él... Mas dista el paraíso de nosotros, que no distamos nosotros de la tierra. Esto que ves, esto que tanto te admira, es el sol.—¿El sol?... ¿Pero no decian algunos de nuestros filósofos que el sol era de materia de fuego? ¿no decian otros que era un lúcido diamante? ¡Qué diamantes ni qué fuegos! Aquí no hay nada que se parezca á tales cosas.

Diciendo esto, habrémos ya llegado á las estrellas que llamamos fijas, no porque estén quietas, sino porque, á diferen-

cia de los planetas, guardan siempre entre sí la misma distancia y posición. ¿Cuál será nuestro asombro al ver que son cien veces mayores que toda la tierra aquellas lumbreras que ahora se nos representan como luces de candela? ¿Cuál será nuestra admiración viendo volar ligeramente por el éter aquellos globos de una mole tan extraordinaria, y correr en cada segundo un espacio de más de tres millones de leguas unos cuerpos en quienes ahora apenas notamos movimiento? ¡Oh Dios, exclamaremos, qué grande, qué admirable sois en vuestras obras! pero la tierra que acabamos de dejar, ¿dónde está?—¿Ves, nos dirán los Ángeles, allá bajo aquel pequeño globo que apenas presenta el bulto de una bolilla? Allá tienes la tierra.—¿Allá?... ¿allá es donde he vivido tantos años? ¿allá es donde he dejado á mis padres, á mis hermanos y amigos? ¿allá está mi casa, mi familia y mis posesiones? ¡Oh qué cosa tan pequeña! ¡Oh qué cosa tan miserable en comparación de estos cielos que piso! Ciegos mortales, que olvidados del paraíso no teneis otro pensamiento que adquirir algunos palmos de esa tierra miserable, ¡qué lástima no podais verla desde donde yo la miro! ¡Cuán pequeña la veríais! ¡Cuán despreciable os parecería todo cuanto ella encierra!

Pero ¿y aquellas puntas de torreones dorados que descubro en lontananza?... ¿Y aquellas cúpulas bellísimas que levantan su majestuosa frente?... ¿Qué será aquello?... ¿qué será?... *Ecce*, nos dirán los Ángeles, *ecce tabernaculum Dei cum hominibus*, mira, alma dichosa, mira la ciudad santa, la Jerusalén celestial, la patria feliz que por tantos años has buscado. ¿La ves? ¿la ves?—¡Oh vista! ¡oh gozo! ¡oh alegría! ¿Con qué allí tenemos el paraíso? ¡Paraíso! gracias á Dios, que al fin he logrado verte. ¡Bendita patria! bien me has costado, pero al fin he llegado á conseguirte. ¡Sion celestial! ¿cuántas lágrimas, cuántos suspiros, cuántos cuidados me cuestas? pero

al fin te he hallado. *Attollite portas, principes, vestras*: ¡Oh Ángeles que guardais las puertas de esta ciudad santa! abridlas á esta alma que sube del destierro, y está ansiosa y desfallece por ver á su Dios.

Entre tanto ya habrá cundido por todo el paraíso la noticia de que cuanto antes va á entrar en él un nuevo ciudadano, ya todos los Santos se habrán puesto de fiesta, y nos estarán aguardando para recibirnos en triunfo y solemnizar nuestra entrada. Porque si la sola conversión de un pecador, que puede volver al pecado y condenarse, causa tanta alegría á los del cielo, que la celebran con una gran fiesta, como dice Jesucristo; ¿qué será cuando vean entrar en él á un justo, que saben será su eterno compañero? Lo cierto es que entonces nos sucederá lo que Samuel predijo al inocente Saul cuando le anunció que Dios iba á sentarle sobre el trono de Israel. «Tú, le dijo, subirás al monte de Dios en cuya cumbre está edificada la ciudad; y al entrar en ella, te saldrá al encuentro un grupo de profetas, precedido de un agradable concierto de música: entonces el espíritu del Señor se apoderará de tí, tú profetizarás como ellos, y te hallarás mudado en otro hombre<sup>1</sup>.» En efecto, apenas habremos entrado en la ciudad eterna que está situada sobre el monte de la gloria, veremos venir á nuestro encuentro sus moradores, los cuales á porfía se apresurarán á saludarnos, á abrazarnos, y á darnos el parabien por nuestra llegada. ¿Y quiénes diríais serán los primeros en venir á darnos el dulce abrazo? Serán nuestros padres, nuestros hermanos y nuestros amigos. Lo que sentirán nuestros corazones al ver allá á unas personas tan amadas, y despues de una tan amarga separación, no hay lengua que pueda expresarlo.

Treinta y tres años habia que el buen Jacob lloraba incon-

<sup>1</sup> I Reg. x, 5, 6.

solable á su hijo José, creyendo que una fiera le habia devorado. Ya sus ojos de tanto llorar habian agotado las lágrimas, ya la tristeza habia consumido sus fuerzas y puéstole al borde del sepulcro, cuando hé aquí que de repente sus hijos le aseguran que José vive, que está en Egipto, y que manda en aquel vasto imperio en cualidad de virey. A una tan fausta noticia, como quien despierta de un triste y pesado sueño, su espíritu revive, su corazon se ensancha, su rostro rejuvenece; y lleno de gozo, exclama: ¡Con qué mi caro José es vivo! ¡vive mi querido José! Basta: soy viejo, apenas puedo sostenerme; sin embargo ni por un solo momento quiero retardar el ir á verle. Va en efecto; y al llegar á él, le besa, le abraza, le aprieta dulcemente á su corazon: quisiera hablar, pero la alegría no se lo permite, pero el gozo se lo impide; solo, despues de un largo rato, puede pronunciar estas cortas palabras: Hijo mio, mi estimado hijo, pues que ya he logrado verte, ahora moriré contento: *Jam lætus moriar, quia vidi faciem tuam*<sup>1</sup>. Ahora bien, cristianos: si Jacob, despues de una separacion de treinta y tres años, experimentó una tan grande alegría por haber visto á su caro José, no obstante que sabia que no podria disfrutar de su vista sino por muy poco tiempo, ¿qué será cuando en el paraíso volverémos á ver á nuestros padres, á nuestros hermanos y á nuestros amigos, y sin temor de vernos jamás separados? Lo que sentirémos, yo no sabria decirlo: vivamos de modo que podamos experimentarlo algun dia.

Pasados estos primeros transportes: *Ascende superiùs*, nos dirán los Ángeles conductores, entremos en la ciudad. Y al entrar, ¡oh Dios, qué perspectiva tan bella se nos presentará á la vista! Para que forméis una idea de la hermosura de aque-

<sup>1</sup> Gen. XLVI, 30.

lla ciudad, os la dibujaré con los mismos colores con que nos la pinta san Juan en el Apocalipsis. «Un Ángel, dice, habló «conmigo, diciendo: Ven, y te mostraré la esposa del Cor- «dero. Y levantándome en espíritu á un monte muy alto, me «mostró la ciudad del cielo, la cual resplandecia con la misma «claridad de Dios. Tiene esta ciudad un muro muy alto, en el «que hay doce puertas, tres que miran al Oriente, tres al Oc- «cidente, tres al Norte y tres al Mediodía; y en cada una de «estas puertas hay un Ángel de centinela. Los fundamentos de «esta ciudad son todos labrados de piedras preciosas, sus doce «puertas son otros tantos diamantes, y la plaza es todo de oro «purísimo trasparente como el cristal. No ví en ella templo «alguno, porque el Señor Dios es su templo: tampoco ví sol «ni luna, porque la claridad de Dios la ilumina, y hace que «en ella reine un dia perenne, y siempre claro y sereno. Otra «cosa me mostró el Ángel, y fue un rio de agua viva, clara «como el mas puro y limpio cristal, el cual, saliendo del pié «del trono de Dios, recorria la ciudad á lo largo, y la alegraba «con el suave murmullo de sus aguas. Despues de esto ví una «tan gran multitud de bienaventurados, que nadie seria capaz «de contarlos. Estos bienaventurados habian sido recogidos de «todo linaje de gentes, pueblos y naciones; y habia entre ellos «tal union de voluntades, que ninguno suscitaba una queja ó «una pendencia, antes por el contrario entre ellos todo era «paz, todo amor, todo concordia. Todos iban vestidos de ro- «pas blancas, todos llevaban corona, todos empuñaban pal- «mas; y su continua ocupacion era cantar á Dios cánticos de «alabanza<sup>1</sup>.»

Esta es, cristianos, la descripcion que del cielo nos ha hecho el inspirado san Juan, no para que pensemos que el cielo esté

<sup>1</sup> Apoc. XXI, per totum.

fabricado así materialmente como él lo describe, sino para que por medio de esta pintura levantemos nuestro entendimiento á cosas infinitamente mas espirituales y divinas. ¿Cuál será, pues, nuestro júbilo cuando por primera vez pondremos la vista en aquel reino bienaventurado, y en los felices moradores que en él habitan? ¡Oh Señor, dirémos, oh Señor de las virtudes, qué amables son vuestros tabernáculos! Mi corazón desfallece contemplando tanta belleza y hermosura: *Quàm dilecta tabernacula tua, Domine virtutum! Concupiscit, et deficit anima mea in atria Domini*<sup>1</sup>. ¡Y qué! ¿yo habitaré eternamente en este paraíso? ¿Estos Santos serán en adelante mis compañeros y amigos? ¿Conversaré con ellos, y formaremos juntos un solo corazón? ¡Oh qué compañía tan amable!

Pero María santísima, mi dulce madre ¿dónde está? Mírala, nos dirán los Ángeles, mírala allá arriba sentada en aquel trono de gloria. *Ascende superiùs*, acércate á ella, que ya te espera para darte un dulce abrazo. Levantaremos los ojos, y ¡oh Dios, qué objeto tan hermoso se presentará á nuestra vista! Si cuando estaba en esta vida mortal era ya la mas hermosa de las mujeres, como lo asegura el Espíritu Santo: *Pulcherrima inter mulieres*; si su belleza era tal, que asegura san Dionisio que, al verla, faltó poco para pensar que era Dios, ¿qué será en el cielo donde, segun la vision que tuvo san Juan, está calzada de la luna, vestida del sol, coronada de estrellas, y sentada en un trono superior al de todas las inteligencias celestiales? ¡Ah! que al ver tanta gloria y belleza, bajaríamos avergonzados la vista, si ella con un dulce sonrisa no nos diese aliento. Pero como en medio de su grandeza tiene un corazón de madre, como su exaltacion no le ha quitado un ápice de aquella amabilidad que siempre le fue natural, antes por el contrario la ha au-

<sup>1</sup> Psalm. LXXXIII, 1.

mentado y perfeccionado, nos hará una seña amorosa para que nos lleguemos á su trono. Lo que harémos, lo que dirémos puestos allá en su presencia, yo no lo sé. Solo sé que si á mí me toca un dia tan señalada honra, que espero muy confiadamente de la infinita misericordia de Dios me tocará, despues de darle las mas expresivas gracias por los oficios de madre que siempre ha hecho conmigo, publicaré en alta voz que, despues de Dios, á ella soy deudor de mi salvacion.

Cuando habrémos rendido á María santísima los homenajes que prescriben la justicia y la gratitud, *Ascende superiùs*, nos dirán los Ángeles, sube mas arriba, y con tus mismos ojos verás al gran Monarca de este reino bienaventurado. Aquí debo advertiros que desde nuestra entrada en el cielo Dios habrá infundido en nuestra mente aquella luz que los teólogos llaman *luz de la gloria*, á favor de la cual veremos á Dios, no bajo figuras y enigmas, como ahora le conocemos por la fe, sino á cara descubierta, como dice san Pablo: *Facie ad faciem*; es decir, veremos con claridad su misma esencia y las infinitas perfecciones que encierra. El júbilo, la admiracion, los éxtasis que causará en nosotros semejante vista, es cosa que no puede explicarse. El real Profeta dice que quedarémos como embriagados de amor, y que nos sumergirémos en un torrente de placeres y dulzuras: *Inebriabuntur ab ubertate domus tuæ: et torrente voluptatis tuæ potabis eos*<sup>1</sup>. Mirad á Arquímedes: mucho tiempo há que va buscando la solucion de un problema de geometría, sin jamás lograr hallarla: entra un dia en el baño, y hé aquí que todo de un golpe se le abre el entendimiento, y descubre la solucion que hasta entonces habia buscado en vano. Es tanta la alegría que experimenta, que sale inmediatamente del baño, y á manera de loco va gritando por las

<sup>1</sup> Psalm. xxxv, 9.

calles : ¡La encontré! ¡la encontré! Pues si el descubrimiento de una verdad natural pudo causar una satisfacción tan grande, ¿cuál será la nuestra descubriendo con un solo golpe de vista las infinitas verdades que están ocultas en Dios?

Mas lo que pondrá el colmo á nuestra felicidad será la certeza de que ella no tendrá fin. En este infeliz mundo los placeres mas dulces, las fortunas mas grandes, los reinos mas florecientes han de acabar : y este solo pensamiento aflige el corazón de quien los posee. Pero en el cielo, carísimos, en el cielo *Semper cum Domino erimus*<sup>1</sup>, nuestra dicha será eterna é inalterable. Siempre estaremos en compañía de Dios, siempre seremos dichosos con él, siempre gozaremos de su misma felicidad : *Semper cum Domino erimus*. Volarán como momentos los dias, correrán como instantes los años, pasarán como ligeras sombras los siglos ; y nuestra dicha siempre será igual, siempre llena, siempre nueva y perfecta : *Semper cum Domino erimus*.

Consolémonos, cristianos, os diré con san Pablo, consolémonos con esta dulce esperanza : *Consolamini invicem in verbis istis*<sup>2</sup>. Animémonos entre tanto á servir fielmente á Dios, observemos sus divinos preceptos, amémosle con todo el corazón, que no tardará en venir el premio. No nos espanten los trabajos de esta vida, no nos desanimen las dificultades que encontremos en el servicio del Señor, no nos arredre la misma muerte : en breve irémos al cielo, en breve abrazaremos á nuestros padres, en breve veremos á María santísima, en breve gozaremos de Dios, en breve nos veremos todos allí juntos, y nuestra felicidad no tendrá fin. Ya va acercándose el dia de hacer el feliz viaje que os acabo de pintar, ya viene volando la hora de salir de este valle de lágrimas, y levantar el vuelo al paraíso. ¡Oh dia, oh hora! apresuraos á llegar. Amen.

<sup>1</sup> I Thes. iv, 16. — <sup>2</sup> Ibid. 17.

## DOMINGO DE QUINCUGÉSIMA.

*En este domingo el cura ha de dar á sus feligreses dos clases de instrucciones : unas en orden á la Bula de la santa Cruzada, que en tal dia se acostumbra publicar ; otras respecto de la Cuaresma, cuyo espíritu es menester comprender. En cuanto á lo primero, hágales entender que la bula del año anterior caduca en aquel dia ; y que si quieren continuar disfrutando de sus privilegios, es indispensable que tomen la de la nueva publicacion, sin que de ningun modo les baste la intencion ó deseo de tomarla á su tiempo. Hágales entender bien esto, porque hay muchas personas ignorantes que piensan poder disfrutar de las gracias de la Bula con la sola intencion de adquirirla, aunque no la tengan en realidad. Despues de esto, procure inducirlos á tomarla, haciéndoles ver por una parte los inestimables bienes espirituales que encierra, y rebatiendo por otra las calumnias y denuestos con que la impiedad procura su descrédito y abolicion. Apenas habrá parroquia donde el cura no tenga que ocuparse de este punto, pues por muy reducidas que sean, no suelen faltar en ellas algunos de esos tontos maliciosos que, echando á volar entre la gente sencilla las especiotas y necedades que han aprendido de la boca de ciertos maestros, le inspiran desconfianza acerca de la Bula, y consiguientemente la retraen de tomarla. Obsérvelo bien el cura, y se convencerá de que el desprecio de este Rescripto apostólico, no solo ha cundido entre la gente perdularia y libertina, sino que se ha infiltrado en el ánimo de ciertas personas en todo lo demás buenas y recomenda-*